

Reconstruir el recorrido académico y político de una vida como la de Agustín Cueva es, ante todo, un ejercicio de memoria de la experiencia vivida durante casi veinte años en el hogar común del Centro de Estudios Latinoamericanos. Y es que para él como para todos nosotros, este preciso lugar de trabajo ha sido fuente y espacio de los más intensos intercambios profesionales.



Cuando en 1972 Agustín Cueva se trasladó a México por invitación de Pablo González Casanova, los territorios que pisaba eran, por decir lo menos, pantanosos, la Universidad de Concepción, Chile, donde era maestro de sociología y crítica literaria, atravesaba uno de sus períodos más enriquecedores: el de la construcción, en condiciones difíciles, de una experiencia alternativa que señaló las rutas de nuestras mejores esperanzas de los años sesentas. Agustín presintió que su espacio profesional tendría mayores horizontes en la Universidad Nacional Autónoma de México; a pesar de esto, vivió con intensidad dos años de crecimiento profundo de intelectuales, políticos y pueblo chileno.

México tenía el atractivo de una Universidad de profunda raíz latinoamericana y, en el área de las ciencias sociales, de la búsqueda y aceptación de los más plurales pensamientos. Y sin embargo, la Universidad nuestra no era ajena a una profunda crisis. No habíamos asimilado el 68, y menos aún la masacre con que concluyó el breve renacimiento del movimiento estudiantil en 1971. Eran, pues, tiempos aciagos desde el punto de vista del movimiento democrático, pero, como ha ocurrido en otras épocas, en los que el ejercicio de la crítica no se detuvo, ni en las aulas ni en las salas de conferencias. Y una de las zonas que aquí más creció entonces fue, sin duda, la del estudio de América Latina.

Agustín emprendió entonces dos rutas básicas de trabajo intelectual: el estudio del desarrollo capitalista en América Latina y la reconstrucción de las categorías de análisis marxista que podrían tener vigencia para la comprensión de esas realidades. A diferencia de sus contemporáneos autodenominados althusserianos, él no se dedicó a alimentar una lectura bíblica de *El Capital*. Y no hizo tampoco de los entonces llamados "clásicos" una discusión profunda y exhaustiva. Se separó de la esterilidad de los estructuralistas, pero también de la densidad de búsquedas como las que emprendieron entonces René Zavaleta y Ruy Mauro Marini, con quienes compartió, sin embargo, la pasión creativa de un pensamiento marxista latinoamericano. La de Agustín fue más bien una búsqueda filosófica y antes que ningún otro, el problema del hombre, de su ser-en-sociedad, constituyó su preocupación permanente. Era un intelectual comunista, pero, a diferencia de sus colegas, no un militante. Y eso, en aquel entonces, tal vez sólo en México era realmente posible sin que diera lugar al ostracismo.

Una vez resuelto a sangre y fuego el destino de la Unidad Popular, le acompañaron en sus tareas los profesores que integraron el CELA durante los años que siguieron al de 1973. Con ellos emprendió otra ruta de trabajo que fue la denuncia implacable del que acordaron llamar "fascismo" latinoamericano. Agustín escribió muchos trabajos sobre los dramas chileno y argentino, aunque -a diferencia otra vez de la mayor parte de sus colegas- no permitió que se olvidaran los igualmente dolorosos fracasos del capitalismo y la democracia en los países norandinos, sobre los que nos entregó algunas de sus más brillantes páginas.

La polémica más rica y fructífera de esos años la desarrolló Agustín con su querido amigo Ruy Mauro Marini. Para un lector superficial, dos marxistas que se enfrentaban en torno a las categorías de análisis crítico más discutidas de los años sesentas, las de la dependencia latinoamericana, no podían hacerlo sin menoscabo de su identidad básica. Ellos demostraron que sus pensamientos y, sobre todo, su orientación debían enriquecerse continuamente en la crítica, y produjeron algunas de las argumentaciones más encendidas y políticamente más conscientes que sobre el capitalismo latinoamericano se han escrito desde entonces. A la demanda de Marini de reconocer como rasgos estructurales del trabajo la sobreexplotación y la dependencia, que determinan una condición peculiar en la formación capitalista de nuestra región. Cueva respondió con el convencimiento de que no existía aquí sino la aplicación de leyes generales del capitalismo y exigió, en cambio, un estudio del lugar de las luchas políticas, de las consecuencias precisas de los agrupamientos nacionales y, antes que nada, de la identidad derivada de la historia de cada una de nuestras sociedades.

Por otra parte, Agustín no cesaba de recordar, con el prólogo a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política de Marx*, que a cada formación económica corresponden expresiones ideológicas y políticas a través de las cuales los hombres reconocen y pueden tratar de cambiar sus condiciones materiales de vida. Por ello, si los marxistas latinoamericanos querían efectivamente contribuir al estudio de su realidad, debían entonces empeñarse en conocer las características de las luchas sociales y políticas de la región, así como identificar a través suyo las formas contradictorias en que históricamente se habían articulado diversos modos de producción.

En 1985, Cueva presentó en el evento "Balance y perspectiva de los Estudios Latinoamericanos", que se efectuó en la UNAM, un conjunto de reflexiones sobre su propia experiencia y la de sus colegas, en la investigación de la problemática latinoamericana durante más de doce años en México. En este trabajo reconoció que se encontraba "más cerca de los autores dependentistas, que de sus críticos". Y ello, porque al correr del tiempo se había puesto más en evidencia que había muchos académicos empeñados en negar un hecho que a él siempre le pareció fundamental: el de que nuestras sociedades han sido

“sometidas a la explotación y dominación imperialistas, con todo lo que ello implica”. A esas alturas de la década, Agustín no podía menos que señalar los efectos de la crisis mundial, la agresiva política estadounidense y, desde luego, el peso que el ejercicio de una soberanía limitada tenían y tienen sobre nuestro continente.

Frente a muchos de esos colegas, Cueva se convirtió en eje de una polémica subcontinental. Sus muchos viajes por América Latina, los cada vez mayores auditorios de estudiantes y el reconocimiento académico que logró a lo largo de la década de los ochentas, son una prueba irrefutable de la consistencia con que se presentó al debate entre una ciencias sociales con “mentalidad de patio trasero”, como las denomina John Saxe-Fernández, y el conocimiento comprometido, de contenido popular y antiimperialismo de la corriente que pudiéramos llamar “histórica” del pensamiento latinoamericano.

Agustín estuvo entre quienes reconocieron, entre 1985 y 1987, que la recuperación económica de las grandes potencias estaba asociada a la intensificación de la dependencia económica de los países pobres, a guerras de “baja” y “alta intensidad” contra toda postura de defensa nacional, y al asedio implacable a organizaciones populares que, desde diversos ángulos y aún con escasas posibilidades, intentaban contestar la avalancha conservadora. Producto de estas reflexiones es la antología que él dirigió bajo el título *Tiempos conservadores: América Latina en la derechización de Occidente*, y poco después el “Posfacio” que agregó a *El desarrollo del capitalismo en América Latina* (1989).

En octubre de 1991, decidió ajustar sus propias cuentas con la vida en su país natal (Ecuador), y dolorosamente empacó sus libros y sus recuerdos de diecinueve años en México. Recibió allí homenajes merecidos y alcanzó a presidir la Fundación Agustín Cueva con que el Congreso ecuatoriano aseguró la publicación de toda su obra y la conservación de su memoria como digno personaje nacional y latinoamericano. Volvió a México poco antes de morir, a despedirse de todos nosotros, decidido a enfrentar, con el estoicismo de tantos años, su última y personal batalla. Esa nos lo quitó físicamente, pero nos lo devuelve ahora, con mayor intensidad, en el compromiso y la responsabilidad de la ira y de la esperanza que deben presidir las investigaciones y los debates del latinoamericanismo de finales del siglo XX.

Raquel Sosa Elízaga

Diciembre de 1992